

Enrique Molina

Confraternidad universitaria

(Discurso pronunciado en la Universidad Nacional de Cuyo el 14 del presente mes).



INTENSOS sentimientos han venido llenando mi alma desde que se proyectara en mi horizonte el momento ahora realizado de ocupar la ya prestigiosa tribuna de la Universidad Nacional de Cuyo: agradecimiento por la para mí tan honrosa invitación de venir a tomar parte en el acto solemne de la inauguración de sus cursos y temor de no corresponder dignamente a tan enaltecida distinción.

Hago objeto de mis agradecimientos en particular al ilustre Rector de esta Universidad, Dr. Edmundo Correas, cuyo interés por las cosas del espíritu, que es en él cual llama inextinguible, se ha concentrado en un amor dinámico y fructífero por su Casa de Estudios.

Si no mi confusión, mi estado emotivo, se ha acrecentado al pisar esta tierra de Mendoza, que debe ser

para los chilenos, cual prolongación de la patria, suelo sagrado. Entre Mendoza y Chile, los Andes no son para nosotros sino un imponente panorama. Ni en la época de la conquista y de la colonia, sin espléndidas carreteras, sin rieles, sin las alas de los aviones, no nos separaron. La proximidad de nuestros pueblos les señala un imperativo de fecunda cooperación económica y cultural. La historia ha entrelazado incesantemente sus destinos. Los fugitivos de Rancagua después de la catástrofe de la Patria Vieja, encontraron aquí un hogar y al calor de esta tierra generosa recobraron sus fuerzas y sus esperanzas. Bajo la dirección con visión genial de San Martín, valerosa y lealmente secundado por O'Higgins y Manuel Rodríguez, se forjaron las armas que fueron no sólo a devolver a la nación chilena su libertad perdida, sino a asegurar la independencia de más de medio continente desde el Ecuador hasta el Cabo de Hornos. Mendoza es venerada en el corazón de los chilenos como el santuario de donde partieron los cruzados de estas gestas heroicas.

En este punto debo interrumpir la visión escrita que traía. Si bien hecha con todo corazón ha nacido de la lejanía bajo la impresión de lo que podríamos llamar el valor épico de Mendoza para nosotros los chilenos. Después de pasar en esta hermosa ciudad horas que han enriquecido mi alma en su caudal de afectos y de conocimientos no puedo resignarme a dejar de introducir la expresión de mis frescas impresiones. Si llamáramos lírica a la emoción del momento sería agregar a

lo épico ya mencionado lo lírico de las grandezas y bellezas actuales de Mendoza. He podido admirar los progresos de la ciudad y de sus alrededores: sus riquezas que le auguran un futuro de proporciones imprevisibles; magníficas carreteras bajo bóvedas de árboles espléndidos; diarios que pueden figurar entre los mejores de nuestros países; un parque capaz de sostener sin desmerecimiento la comparación con los de las ciudades más populosas de la tierra; un monumento destinado a inmortalizar una gloria continental y que es a la vez gloria de la tierra que lo sustenta. Si fué única la hazaña en el Nuevo Mundo única también es la obra de arte que la conmemora.

Y last but not least. Casi deslumbrado he sido viendo lo que se ha hecho en menos de dos años en la creación de esta Universidad. He conocido ya sus excelentes instalaciones; sus clubs; sus escuelas, academias e institutos en que se cultivan armonizadas las ciencias, la técnica, las bellas artes, las letras y las humanidades. Conozco las principales Universidades de Norte América y las considero dignas de la mayor admiración. Son sin duda de las mejores del mundo occidental. Pero lo que he experimentado aquí: la unción, el entusiasmo, la tenacidad abnegada, el dinamismo inteligente y al amor a la cultura con que el doctor Correas y sus fervorosos colaboradores se han consagrado a esta obra que honra a la región y a la República Argentina, me han hecho sentirme enalteci-

do en mi carácter de hispanoamericano y han aumentado mi confianza en las energías y destinos de la raza.

¿Qué mucho de nuevo podré traer a esta Casa donde, a la par que otras voces elocuentes, ha resonado la palabra cálida, inspirada, alentadora, llena de unción por la cultura, del señor Rector Dr. Correas, la frase fina del eminente poeta, dramaturgo e historiador Dr. Ricardo Rojas? Puedo deciros cosas de la tierra chilena, de cuyas vibraciones sentimentales para vosotros acabo de expresar: cosas que son realidades, ensueños e inquietudes.

A la Universidad que tengo el honor de representar cabe aplicarle un superlativo sin ningún temor de equivocarse, uno solo, el de ser la Universidad más austral del continente. Lo que no significa que su sede, Concepción, sea propiamente una ciudad meridional. Se alza en el extremo del centro de Chile, sólo dos grados de latitud más al sur que vuestra ciudad de La Plata. Los numerosos turistas argentinos que visitan nuestro país saben perfectamente cuánto hay que andar todavía más allá de Concepción en dirección al polo para llegar a lo que es específicamente el sur de Chile, la región de los lagos, la Suiza chilena.

Concepción, de clima suave, refrescada por las brisas del océano, ha sido curtida y acendrada repetidas veces por las convulsiones de la tierra y los asaltos del mar. De rica tradición histórica, siendo parte en los fastos culminantes de la evolución chilena, tiene el se-

llo de nobleza que dan la resistencia y la superación del dolor.

Enclavada en la frontera de la antigua Araucanía ha sido el más espectacular teatro de la lucha entre la fiereza de los primitivos mapuches y la dura tenacidad de los españoles. Más de una vez fué la capital del llamado reino de Chile durante la colonia y de la naciente república más tarde. Muchas de las contiendas de la guerra de la independencia la tomaron entre sus fuegos. El Supremo Director O'Higgins proclamó en ella la independencia de Chile el 12 de febrero de 1818. Su alto espíritu cívico es proverbial en el país. Hoy la distinguen su condición de centro industrial, de punto de convergencia de una de las comarcas más industriales de Chile, y su carácter de ser sede de una joven universidad.

Los institutos y escuelas de la Universidad ubicados en un barrio aparte, en el linde de la población, forman la propiamente llamada Ciudad Universitaria. Colinas cubiertas de bosques la rodean y ahí se disfruta un ambiente sereno propicio al estudio. Algún extranjero bondadoso, para alentar nuestros esfuerzos ha hablado, al contemplar este panorama, de una futura Heidelberg.

Pero difícilmente universidad alguna en el mundo habrá nacido en cuna más humilde y desamparada. El gobierno nacional había eludido la creación de la universidad, alegando la siempre existente penuria del erario. Carecíamos de todo recurso: no disponíamos ni

de dinero, ni de tierras ni de casas. Pero Concepción quería tener una universidad, proyecto que venía acariciando desde hacía muchos años, y la fundación se llevó a cabo a principio de 1919. Fué un gesto quijotesco y temerario. Con el mayor entusiasmo la sociedad de Concepción allegó algunos fondos por medio de colectas, suscripciones y fiestas. Municipios de los alrededores acordaron pequeñas subvenciones; pero todo esto no bastaba para empresa de tan grandes proporciones. En verdad el flamante instituto se mantuvo durante los primeros tiempos por el ánimo, tenacidad y abnegación de sus fundadores y de los primeros maestros que profesaron en sus aulas. Pasaron largos meses, años, en que no fué posible pagar muchos de los pequeños sueldos acordados. Nosotros esperábamos salir de apuros por medio de los donativos que nos hicieran; pero éstos no llegaban en cantidad suficiente. Para estimularlos establecimos que quien diera algo a la Universidad tendría opción a un premio que se sortearía. La dádiva constaría en un recibo o billete. Era en realidad crear una lotería, cosa condenada por la ley. Aunque la llamamos con cierto desplante «donaciones con sorteo», el nombre no engañó a nadie y la Junta de Gobierno que tomó el poder después del derrocamiento del Presidente Alessandri, en septiembre de 1924 y que entró en funciones con muchos pujos de moralidad, prohibió violentamente el ejercicio de nuestra invención. Fueron nueve meses de penurias. Restablecido en el mando el señor Alessandri al año

siguiente la autorizó legalmente y desde entonces la Universidad de Concepción ha contado con los medios para desarrollarse, si no con la amplitud y rapidez que quisiéramos, con seguridad y sin grandes tropiezos.

La principal novedad que traía la universidad sureña en cuanto a cursos de estudio era la creación de una Escuela de Ingeniería Química Industrial, la primera en su género que se fundara en el país. Ella ha sido el centro de la Facultad de Matemáticas. La Universidad posee además las Facultades de Medicina, Derecho, Educación y Filosofía, Odontología y Farmacia. Todas cuentan con escuelas para la enseñanza e institutos y seminarios de investigación. Una biblioteca central y bibliotecas especiales en las escuelas e institutos se hallan a disposición de los estudiantes y de los estudiosos. A falta de una Facultad de Agronomía, que aun no se ha podido crear, existe, para servir los intereses de la agricultura, un Departamento de Experimentación e Información Agrícola. «Atenea», revista de ciencias, artes y letras, la «Revista de Derecho» y el «Boletín de la Sociedad de Biología» son sus publicaciones regulares y periódicas, que se envían a todas las universidades de América. Un Departamento de Bienestar Estudiantil atiende, como su nombre lo indica, al cuidado y salud de los estudiantes. Les proporciona a los jóvenes medicina, atención médica y dental y, por cuenta de la Universidad, los in-

terna en clínicas cuando llega el caso de tratamientos delicados o de intervenciones quirúrgicas.

Cuanto acabo de deciros,—bien lo habréis percibido,—es como el armazón del cuerpo universitario. ¿Cuál es su alma?, me preguntaréis vosotros, poniendo el acento en lo que sobre todo nos interesa. Su alma está formada por el esfuerzo constante y la calurosa aspiración a servir y realizar los valores de la cultura. Seguro de la pureza de su espíritu estoy gastando estos instantes en haceros su descripción considerándola digna de presentárosla como una modesta hermana de esta auspiciosa Universidad de Cuyo y de las demás universidades argentinas.

Y son ciertamente hermanas nuestras universidades en su interés por la juventud, esperanza de la patria y de la raza. Ofrecerles estudios serios para que alcancen la mayor eficacia posible en la carrera a que se dediquen, formarlos en el reconocimiento de una sólida ética profesional y adiestrarlos en las prácticas de investigación científica, figuran entre sus principales cuidados. Aparte de la indicada finalidad docente, algunos profesores llevan a cabo también investigaciones científicas como actividad característica propia de los institutos de educación superior, con la limitación que este elevado orden de preocupaciones encuentra aún en muchos centros hispanoamericanos por falta de tradición adecuada, de recursos y de técnica.

En un proceso de integración y en consonancia con lo recién dicho la universidad debe procurar un am-

biente propicio al desarrollo y cultivo de la personalidad, dentro de los reclamos de lo individual y del ámbito de la ciudadanía. La Universidad es trasunto de la vida social y prepara para ella, siempre con el afán de una vida mejor, de una cultura mejor que la actual. Al hablar así pensamos en una rica cultura espiritual interior. Entre la cultura exterior, mera civilización, y la cultura interior, hay la misma diferencia que entre una prescripción de policía y un versículo del Evangelio. Este supone una disposición cordial, el alma imantada hacia el bien. Aquélla se contenta con no ser infringida. La cultura interior hace que el alma misma por inspiración propia vaya tras la realización de las normas de amor, reciprocidad, equidad, justicia. Es la actitud de la buena voluntad. Cambiando ligeramente una hermosa sentencia mística podría quedar expresada esta actitud diciendo: «Buscad el buen espíritu y lo demás os será dado por añadidura».

Si miramos el panorama del mundo a nuestro alrededor y vemos cómo desde la pasada centuria ha venido acentuándose la desaparición de lo trascendente del acervo ideológico de grandes sectores de la población, ¿qué pondremos en su lugar si no queremos que el sitio dejado vacante por los dioses de todos los olimpos lo ocupen sólo los bajos instintos de pugna, medro y placer? No queda sino una constelación de valores superiores que se concretan en la exaltación de la personalidad humana, cifra de la libertad, investigadora de la verdad, creadora de la belleza, fuente y

objeto de la justicia. En este misterioso universo en que vivimos el todo y cada una de sus partes son una maravilla y pocas entre ellas como las facultades creadoras del alma humana. La concepción que apuntamos establece el único clima de convivencia para las más encontradas corrientes de ideas. Es el auténtico clima universitario. Las doctrinas trascendentes mismas encuentran espacio en él porque se les respeta como expresión de la personalidad que las sustenta. Como una fiel versión suya el lema de la Universidad de Concepción proclama «Por el desarrollo libre del espíritu», proyectando luz sobre un aspecto del imperecedero enhecho de ver siempre en cada hombre un fin y jamás un medio. Los dictadores podrán pensar de otra manera: pero a los que nos repugnaría serlo, que no somos ni siquiera gobernantes, que sentimos el valor insubstituible del alma humana, como asimismo sus tribulaciones, dolores y esperanzas; que creemos tocar, como si dijéramos de cerca, en lo hondo de ella, el misterio mismo y las fuerzas creadoras del mundo, no podemos dejar de ver en la personalidad, la llama central de una verdadera filosofía. Pero no la entendemos como una llama limitada a consumirse en estrecho solipcismo. Su inquieto destino la lleva además a buscar la comprensión del universo.

Pero qué de problemas se suscitan en torno a la personalidad. Ya hemos mencionado al pasar a los dictadores. En nuestros días se identifican con el monstruo tricéfalo de los regímenes totalitarios, uno de los ejem-

plos más acabados que nos ofrece la historia de opresión de la personalidad por estados elefantinos. No nos ocupemos más de ellos y dejémoslo a nuestra vera como a algunos réprobos del Infierno del Dante. Siempre ha habido controversias acerca de las relaciones entre el individuo y el estado. Al exaltar el valor de la individualidad, como lo he hecho, no he pensado en sustraerla, según queda asimismo indicado, a las obligaciones que su necesaria existencia dentro de una nación, de un estado, de una patria, le impone. Institucionalmente este no es un problema capital en los pueblos hispanoamericanos. Fuera de algunas dictaduras esporádicas, cuyo azote hemos sufrido, los sistemas democráticos de gobierno se han connaturalizado entre nosotros; la democracia forma, con todas sus ficciones y todos sus defectos, una especie de mística del Nuevo Mundo, tiende a afianzarse por doquiera y constituye una relativa garantía de respeto a los derechos individuales.

Nuestras nacionalidades en sí mismas y en sus relaciones mutuas deben ser en los actuales momentos históricos objeto preferentemente de nuestra atención. Y del ojo avizor de nuestras universidades.

Como retoño de la cultura europea, y a la vez con caracteres propios, florece en los pueblos hispanoamericanos un grado de adelanto que no es posible desconocer. Las capitales sudamericanas son ya exponentes auténticos de una cultura que podemos llamar neoccidental y no meros recipientes de colonizadores o

aventureros que vengan a civilizarlas o explotarlas. ¿Será menester agregar que el establecimiento en este hecho de mera observación no significa ni detenernos ni apartarnos del camino de superación en que estamos empeñados? Reconocemos que tenemos aún mucho que aprender de los europeos y de los norteamericanos. Pero a Europa ofrecemos también no poco que aprender de nosotros. Nuestros nacionalismos no se muestran tan estrechos, exacerbados y homicidas como los de algunos países europeos. Obra entre nosotros para colocarnos en este peldaño humano, la unidad espiritual, aunque no suficientemente articulada todavía, que nos procuran las bases raciales comunes, las idénticas líneas generales de nuestra historia, la comunidad de instituciones políticas y docentes, de ideales democráticos, y sobre todo, la magnífica unidad del idioma.

«América para la humanidad», cimero hallazgo argentino, no es ya sólo un noble principio inaplicado aún. En los últimos tiempos ha cobrado conmovedora, patética realidad. América, próspera y hospitalaria, es la nueva patria de cuanto herido y de cuanto perseguido de todos los campos de batalla de la tierra quiere venir a ella a vivir en paz y buscar alivio a sus quebrantos.

Se ha dicho en contra de la existencia de auténticas culturas iberoamericanas que los escritores, poetas y artistas de nuestros países han formado una élite que, deslumbrada por las grandes creaciones europeas, no ha sabido buscar su inspiración en las fuentes del alma

popular y ha preferido hacer deleznable obra de imitación. Todo esto contiene apenas verdades a medias. Hay obras del genio argentino y de otras naciones hispanoamericanas que pueden afrontar victoriosas tales juicios adversos. Puede parecer deplorable que no hayamos logrado formar todavía perfectas culturas autóctonas. Mas ¿cuándo cabe decir de una cultura, corriente en perpetuo movimiento, que ha llegado a su perfección definitiva? Sólo dentro de las perspectivas que toma la historia es esto posible. En los países hispanoamericanos la situación en este orden de cosas se halla lejos de poder llamarse trágica. El tiempo irá intensificando la compenetración de las élites y las clases populares y de todos con la tierra y sus tradiciones: el porvenir parece abierto a soluciones deseadas, salvo interferencias catastróficas que puedan obscurecerlo.

En esta época en que los estragos de la violencia afligen por doquiera al mundo otras aprensiones nos llenan el alma. Según principios jurídicos que parecían incommovibles a fines del siglo pasado y en los comienzos del presente, el derecho bastaba a amparar a las naciones pequeñas y desvalidas. Mas hoy ese derecho ha desaparecido. El espectáculo que ofrece el mundo es para los sentimientos de humanidad despiadado y horroroso. Los pueblos débiles pueden contar con su independencia sólo mientras tanto no caen en la órbita de intereses de los estados poderosos.

Nuestras naciones son, financiera y militarmente,

débiles y es imposible substraerse a la pesadumbre e inquietud que esa inferioridad despierta en nosotros. La distancia es, por ahora, un impedimento para que golpeen más directamente en las playas americanas los cruentos conflictos en que se debate el Viejo Mundo. Fuera de esto las naciones hispanoamericanas no tienen, para librarse de los zarpazos de los imperios militaristas, más que la salvaguardia de la gran república que se ha convertido en el gallardo campeón mundial de la democracia y que ha venido practicando para con nosotros, en los últimos años, una noble política de buena vecindad. Las naciones sudamericanas, ni aun las más fuertes, no se hallarían en situación de resistir por sí solas el ataque de aquellos imperios. Aparte de los lazos espirituales y comerciales que las unen están solas. La Unión Panamericana misma, la única organización continental en que se hallan incorporadas, no dispone de más eficiencia defensiva que la que le presta la Doctrina de Monroe. Sería para nosotros sin duda más satisfactorio y hasta más digno que formáramos parte de la entidad del panamericanismo, no como naciones aisladas, sino como confederación iberoamericana. Pero el sueño de Bolívar no se ha realizado aún y no se divisa cercana su realización. La aspiración inextinguible sí subsiste. Europa no ha sabido nunca realizar la unión de los pueblos sino por medio de imperios subyugadores de hombres: Imperio Romano, Imperio Bizantino, Imperio de Carlomagno, Imperio Español, Imperio de Napoleón, y los de

ahora. Todos, con excepción del Romano, más o menos efímeros y transitorios. Exceptúase también por su organización el imperio Inglés, tal vez por hallarse casi en su integridad fuera del continente. Los sudamericanos abrigamos en el alma la concepción de una unión de pueblos llevada a cabo, no por la fuerza, sino por la libre voluntad de naciones soberanas: la Confederación Iberoamericana. Los lazos de confraternidad que nos unen son muchos, se van estrechando cada día y en más de un sentido se borran las fronteras que separan a nuestros países. A alguien que me observara una vez que en la Universidad de Concepción había un buen número de extranjeros le contesté negativamente: los que no son chilenos, dije, son hispanoamericanos, no extranjeros. Pero falta por completo aun articular esos nobles sentimientos y aspiraciones en sólidas formas políticas y militares.

A los trabajadores del espíritu—las universidades a la cabeza de ellos—no les corresponde más que seguir tendiendo los hilos de la tela de la cultura en que estamos empeñados. Con la mirada en alto, atisbadora de nuevos rumbos, la urgencia es de perseverancia. La filosofía y las ciencias nos tientan con sus misterios siempre renovados. Las letras y las artes nos invitan a coger en espejos perdurables de belleza las faces de esta vida en constante fluencia. La lucha por el bien y la justicia dentro y fuera de la patria son imperativos actuales, mientras haya sufrimiento entre los hom-

bres. El alma de la raza pone en nuestros pechos el dolor de un futuro alumbramiento para que le demos el cuerpo fuerte y lozano que necesita.

Hay horas, días y lugares particularmente propicios para las fiestas del espíritu. Lo es esta hora de la inauguración solemne de los cursos de la progresista Universidad Nacional de Cuyo. Lo es el día consagrado al culto de las Américas en que por una feliz coincidencia nos encontramos hoy. Lo es este lugar, la ciudad de Mendoza, santuario de nuestra epopeya libertaria. Aquí vibran las palabras de la alocución inmortal con que el héroe de los Andes se dirigiera a sus soldados en vísperas de transponer los montes para asegurar la independencia de pueblos hermanos: «Esta es la primera bandera independiente que se bendice en América, les dijo; jurad morir en su defensa como yo lo juro ahora»: Palabras que señalaban un hecho y un programa: la libertad a conquistar. El programa se cumplió y la bandera entonces bendecida, venerada por las generaciones futuras, no ha sido arrollada jamás. Ese juramento, prestado con lágrimas, mantenido con sangre y consagrado por la gloria, vibra aquí, en esta fiesta del espíritu, como una enseñanza de aliento y de austeridad.

Hay momentos de suerte y de plenitud para algunos hombres y lo es para mí éste en que he tenido el grato honor de dirigirme a vosotros. Bajo la impresión de los sentimientos con que esta única conjunción de circunstancias inolvidables llena mi alma agradecida,

os pido que aceptéis mis palabras como una modesta ofrenda a los ideales que nos son comunes, como un homenaje a vuestros insignes progresos que han encontrado su culminación espiritual en esta bella universidad.